

LA GOAJIRA Y LAS ORDENACIONES DE DON ANTONIO DE AREVALO

por MARIA TERESA OLIVEROS DE CASTRO
Catedrático y Cronista de la ciudad de Monzón
Premio Nacional «José María Quadrado»

REFERENCIAS GEOGRÁFICAS

La península de la Goajira se halla situada entre el mar Caribe y el llamado por los españoles «Saco de Maracaibo». Su tierra es la más septentrional de América del Sur, sobrepasando en Punta Gallinas los 12° de latitud Norte, y los 1° y 3° al Oriente del meridiano de Bogotá. Las costas alcanzan una extensión de 350 kilómetros y su extensión superficial es de unos 24.000 kilómetros cuadrados como máximo. Su sistema orográfico pertenece a la gran cordillera del Este o de Sumapaz, dando comienzo en las pequeñas montañas que se alzan en la Goajira, a la Sierra Nevada de Santa Marta; como un isleo montañoso que sortea el río Hacha. Esta Sierra de Santa Marta alcanza una extensión de 1.250 kilómetros cuadrados y marcha derecha al Mediodía por la serranía de Valle de Upar (1).

Una gran fosa tectónica divide a la península, por lo cual se distinguen la Alta y Baja Goajira. Sus montañuelas son casi todas de origen volcánico, si bien el suelo es generalmente arenoso y sensiblemente inclinado hacia la bahía de Maracaibo. Se alcanzan los 860 metros en la serranía de Macuira; la serranía de Cocinas con 682 metros y el espectacular cerro de la Teta a 200 metros del nivel del mar. Las costas son bajas y arenosas hasta la desembocadura del río Hacha, siguiendo hacia el Norte una costa acantilada con buenos puer-

(1) ANTONIO BLÁZQUEZ : *América Meridional*, tomo V, pág. 138, ed. 1927.

tos (2). De la serranía de Macuira se desprende el promontorio de la Espada. Montañosa es también Punta Gallinas, y bajo el Cabo de la Vela.

PRIMEROS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

En la primera época que siguió al primer viaje de Cristóbal Colón a América, la actividad española se agitó ante las asombrosas noticias referidas por los navegantes, en un afán de nuevos descubrimientos. Notable es la figura del Arcediano de Sevilla, Fonseca, que en el año 1493 organiza una verdadera flota de 17 buques con 1.500 hombres de todas las clases sociales, bajo el mandato de Colón, que partió de Cádiz el 26 de septiembre del referido año. Simultáneamente al tercero y cuarto viaje del Almirante, surgen nuevas iniciativas de españoles para explotar aquellas tierras, debiendo desecharse la idea de que hasta que Colón realizó su tercer viaje en 1498, y el cuarto y último en 1502, los españoles permanecieron inactivos en sus descubrimientos (3).

La soberanía española se asentó en La Española, en la nueva ciudad de Santo Domingo, en tanto que los monarcas daban órdenes para la organización de sus nuevos dominios de Indias. Para su estudio, es importante el aspecto evolutivo de las sucesivas capitulaciones que se firmaban, en las que se estipulaban la posesión de bienes que pudieran hallarse, el territorio que se asignaba a cada descubridor, y también la parte que se reservaba la Corona. Las islas de las Antillas fueron como centros de dispersión, de retorno en apurado trance y de aprovisionamiento. En todas las expediciones hay que distinguir el capitán nauta y el capitán jefe de la empresa, pudiendo decirse, que la exploración de Tierra Firme y conocimiento de las costas occidentales, fueron éxitos conseguidos «... más bien de los soldados y de los frailes que de los marinos» (4).

En el año de 1499 se llevó a cabo una expedición de exploración y rescate por Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa, que llegaron a la

(2) ERNESTO GUHL: *Indios y blancos en la Guajira*. Ed. Tercer Mundo. Bogotá, 1963; pág. 17.

(3) DEMETRIO RAMOS: *Alonso de Ojeda*. «Boletín Americanista», Universidad de Barcelona, pág. 59, año 1961.

(4) ANTONIO BLÁZQUEZ: Ob. ref. pág. 6, tomo VI.

isla de Trinidad y a Curaçao, y a una costa en la que vieron casas sobre canales y lagos, que al recordarles Venecia, la denominaron Venezuela. Corrieron más hacia el Oeste «... veinte o veinticuatro leguas del río Grande de la Magdalena, hacia la parte Sur, o por más claridad del cabo de la Vela» (5); por lo cual estos dos españoles fueron los que por primera vez conocieron las costas de la Goajira. Juan de la Cosa, en el año de 1500 hizo el primer mapa del Nuevo Mundo, en el que aparecen los resultados de la expedición.

A partir de este momento se nos presenta a Alonso de Ojeda «... como hombre de confianza de los Reyes Católicos —en el sentido de instrumento— o protegido de Fonseca...» (6). Sin embargo, no es prudente achacar sólo a la protección del Arcediano, el que fuera considerado por la Corona. Se iba teniendo conocimiento de la inmensidad de las tierras del continente americano, de las cuales era necesario «enseñorearse», al mismo tiempo que prevenir las usurpaciones de las naciones europeas, que enviaban sus naves, bien observantes como Inglaterra, o bien con manifiesta actividad de asentamiento como Portugal. Se juzgaba preciso hacer otro reconocimiento de las tierras exploradas por Ojeda en su primer viaje, determinar su potencialidad económica y «... crear a lo largo de aquel litoral establecimientos permanentes».

Se imponía a los monarcas el allegar hombres capaces de llevar a cabo estos esforzados establecimientos. En aquellos días, era Alonso de Ojeda el que había llegado más hacia el Occidente, pues conocía el quiebro costero de Venezuela, el cambio de rumbo del cabo de la Vela, que quizá llevara «al otro lado», a encontrar el ansiado paso al mar Océano (7). Eran días de aparente calma y a la expectativa de los conflictos provocados en los nacientes dominios, pues en el mes de diciembre del año 1500 llegaba a Granada Colón, de regreso de su tercer viaje, que se presentó a los Reyes con sus patéticos grillettes.

Las anteriores expediciones habían tenido un carácter de descubrimiento y comercial, tal como puede apreciarse en la capitulación de Ojeda en el año 1499, en tanto que el espíritu de la nueva empresa que se proyectaba, era de una «partición» con todas sus consecuencias,

(5) FRAY PEDRO DE AGUADO: *Historia de Sta. Marta... dirigida al Rey Felipe II*, Ed. Espasa Calpe, año 1930, pág. 19, tomo I.

(6) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 34.

(7) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 35.

que mermaba la reserva concedida en principio a Colón, de todo lo que se descubriese. En 1501, cuando se organiza esta segunda expedición de Alonso de Ojeda, las cláusulas son muy distintas, pudiendo apreciarse que «... la colonización de las Indias se había desvinculado definitivamente del rectorado colombino» (8).

En este viaje, además de concederse a Ojeda la libre navegación y comercio, se consignan nuevas bases que tienden principalmente a la ocupación del territorio, a una «operación de asentamiento» sobre la tierra que se le asignaba. Ojeda fue llamado por los Reyes, alarmados por la presencia de barcos ingleses en la costa de las Perlas, los cuales le ofrecieron el gobierno del territorio de Coquibacoa, primer nombre con el que aparece referida la Goajira. Esta medida pudo ser motivada por los rumores que corrían de que Colón quería enviar a su hermano Bartolomé a Tierra Firme (9).

El día 8 de junio de 1501, los Monarcas daban la confirmación de las capitulaciones con Alonso de Ojeda, y el día 10 se le concedía el título de Gobernador de la isla de Cuquibacoa. Es de notar el error geográfico, si bien es frecuente esta aceptación en el sentido de aislamiento jurisdiccional, más aún en este caso, dado el poco conocimiento que se tenía de la costa y su prolongada morfología peninsular; pareciendo la tierra de la Goajira una isla a aquellos navegantes, que la contemplaban desde el mar (10).

Se había concertado que fueran diez los navíos que formarían la expedición, pero sólo fueron cuatro los que en el mes de enero del año 1502 salían de Cádiz a las órdenes de su jefe, el gobernador Alonso de Ojeda, que mandaba desde la nave Santa María la Antigua, y que comandaba García de Ocampo; la Santa María de Granada con su otro socio Juan de Vergara; la Magdalena, mandada por su sobrino Pedro de Ojeda, y la Santa Ana con Hernando de Guevara. Hicieron recalada en Gran Canaria y en Gomera, y otra más accidentada escala en Cabo Verde. En el mes de marzo habían llegado a las costas del litoral venezolano, pasando luego Ojeda por diversos lugares hasta la isla de los Gigantes (Curaçao). Reanudó luego la navegación, virando hacia Coquibacoa, después de pasar el golfo de

(8) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 37.

(9) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 47.

(10) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 53.

San Bartolomé (11), buscando hacer asiento en la actual Goajira. Se nos presenta ya el gran planteamiento para localizar este primer asentamiento español por el primer gobernador de Tierra Firme.

Se construyó una fortaleza o torre, la cual se hizo por españoles, ya que declara el mismo Ojeda «... que en los faser trabajar (a sus compañeros) en lo susodicho lo hacía por el grand peligro que tenían y porque los indios los combatían cada día» (12). La nueva ciudad se llamó Santa Cruz, sin haber noticia de que allí existiera otra anteriormente, creciendo al amparo de la torre. Se edificó la casa del gobernador, en la que habitaba Ojeda, pues él mismo refiere en los días aciagos, al estallar el motín «... por fuerza entraron en su posada». Estaba defendida toda la ciudad por una cerca de piedra, que no se sabe si pudo ser acabada. Este primer asentamiento español estaba «... destinado a irradiar una actividad colonizadora, expansiva y económica, aunque luego esta fundación en corto o largo plazo fuera abandonada». El profesor Ramos, en el notable trabajo que referimos, afirma: «No cabe duda que este honor corresponde a Santa Cruz, fundada también por el primer Gobernador continental, con obra defensiva y con pleno y absoluto propósito de perduración». A la ciudad de Santa María de Darién y a la de Coro, se les había considerado la primacía española de fundación, anteriormente a este trabajo. Hoy la ciudad goajira de Santa Cruz puede reivindicar para sí este privilegio.

Las huellas de esta primera ciudad no han sido halladas, a pesar de los trabajos realizados. El propio profesor Ramos considera que su exacta localización debe de buscarse en la Goajira del Sudeste, en la pequeña bahía de Castilletes, junto a la Laguna de Cosinetas.

Otro explorador de aquellas tierras fue Rodrigo de Bastidas, que con dos carabelas armadas a su costa, en el año 1502 navegó por aquellos mares, descubriendo la Isla Verde, Santa Marta, Cabo de la Vela, Río Grande, Puerto de Zamba... Los odios y rivalidades de aquellos exploradores enturbia el conocimiento de sus expediciones; pues así vemos, que cuando Ojeda fue enjuiciado como consecuencia de las reclamaciones presentadas por sus socios y compañeros de empresa, éstos no sienten mengua en su honor, al afirmar en falso, que

(11) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 62.

(12) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 71.

la ciudad de Santa Cruz, mandada edificar por Ojeda, se hallaba «... en la tierra que descubrió el dicho Bastidas una fortaleza e casas, sabiendo que no podían aprovechar, e que en los dichos hedefiçios e labores, fatigó mucho a la dicha gente».

En el año 1504, Rodrigo Bastidas hizo otra expedición a Cartagena y golfo de Huruba (13). Fray Pedro de Aguado, cronista del siglo XVI, ensombrece un tanto la memoria de Bastidas, que residiendo en Santo Domingo «... como persona poderosa o rica... viniendo o pasando a Tierra Firme a hacer esclavos, la descubrió, y en ella rescató con los naturales, de donde le quedó cobdicia, mediante el oro que de rescates hobo, de procurarla por gobernación y poblarla...». En el año 1514 aparece ya una nueva denominación para estos territorios, el de Castilla de Oro, de los que fue Gobernador Pedrarias de Avila, que llevó consigo 1.500 hombres, «... que los envió a poblar a diversas partes».

Infatigables, los españoles iban penetrando desde la costa hacia el interior, pisando en todas direcciones aquel desconocido mundo. Una referencia nos indica: «... el Capitán y otros secuaces caminaron por la costa de la mar, la vuelta del cabo de la Vela..., estando esta gente alojados ribera del río que dicen de la Hacha; iba... con ellos un Porras, persona principal..., el cual llevaba a su cargo todo el oro que los indios le habían dado de presente» (14). La península Goajira era ya conocida por los españoles, que habían entrado en trato con los indios.

El esfuerzo y las ambiciones chocaban en banderías y motines entre los propios conquistadores, y algunas de aquellas legendarias figuras tuvieron un fin trágico. La Corona trataba de dar ordenación a aquellos anchurosos límites de sus dominios, jurisdicciones e imponer sus leyes, frenando desmanes y abusos. Aparece en esta comarca un gobernador, Vadillo, que se consigna fue el segundo «... que con gente entró en Valle de Upar y Provincia de Pacabueyes y río de la Hacha y Ramada; porque antes dél había entrado el capitán Villafuente y sus compañeros, cuando huyendo del Gobernador Bastidas por el delito de motín... se metieron tierra adentro y anduvieron toda esta provincia» (15).

(13) BENITO LEÓN Y CANALES: *Épocas de descubrimientos*. (Manuscrito, fol. 5. Sevilla, 1851). Sig. núm. 12/in 2-3-I-12. Archivo Histórico Militar. Madrid

(14) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 37.

(15) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 53.

En el año 1516 muere Fernando el Católico, sucediéndole su nieto Carlos I. La hegemonía imperial alcanzada le llevó a verse en apuro de recursos, lo cual le determinó a capitular en el año de 1528 con la compañía banquera de los Welser, y «... dióseles la población desde el cabo de la Vela, fin de los límites de la gobernación de Santa Marta hasta Marcapana, Este y Oeste, Norte y Sur de la una, mar a la otra» (16).

El gobierno de los Welser de Augsburgo en América tuvo que atenerse a las capitulaciones firmadas con el Emperador, pero sus nuevos sistemas de explotación y trato, determinaron malestar entre los españoles residentes. La busca del codiciado Dorado, mítico territorio de incierta localización, atrajo a buscadores y aventureros. En el año 1530, Alfinger decidió realizar también una expedición por la posesión del Dorado, perdiendo la vida en los valles andinos, luchando contra los indios. Al llegar los supervivientes a Coro el año 1533, se produjo un violento movimiento contra el régimen impuesto por los alemanes, contrario al sistema municipal español. Señala esta revolución local la crisis del gobierno alemán impuesto desde el primer día de la concesión. Tanta importancia tuvo la rebelión de la ciudad de Coro, que estuvo a punto de derrumbar la concesión del gobierno de la provincia a los alemanes de los Welser, y posteriormente a la promulgación de leyes españolas que garantizaban «sobre bases muy firmes el régimen municipal en Venezuela como garantía frente a los posibles abusos de poder de los gobernadores» (17).

Jorge de Spira fue designado por la compañía mercantil para suceder a Alfinger, el cual tomó como su lugarteniente a Nicolás Federman. Más tarde exploraron el país desde el año 1534 hasta el 1540.

LA OCUPACIÓN

Los indios goajiros desde Santa Marta hasta el río Hacha, eran gente belicosa, que ponían en sus flechas «... hierba ponzoñosa y es gente muy crecida y lucida; traen sus personas muy adornadas con

(16) JUAN MANUEL ZAPATERO: *La Guerra del Caribe en el siglo XVIII*, pág. 69. Ed. San Juan de Puerto Rico, año 1964.

(17) DEMETRIO RAMOS: *La revolución de Coro de 1533*, pág. 9. Ed. Bib. Venezolana. Caracas MCMLXV.

piezas y joyas de oro. Los varones traen orejeras de oro colgadas en las orejas, que cada una pesa quince y veinte pesos, y caricuries puestos en las narices, colgando de la ternilla de enmedio... y grandes chagualas, que son como patenas y medias lunas, en los pechos... Las mujeres cuasi traen las mismas joyas... y demás muy grandes brazaletes y ajorcas de oro». Es de lamentar que esta áurea magnificencia, en alguna parte sucumbiera a los codiciosos deseos de los conquistadores, por lo que posteriormente los indios goajiros «... ya no usan destas grandezas» (18). Tenían y sabían hacer ropas de algodón, pero pocos la acostumbraban a llevar, y era para ellos más recreable el andar desnudos que vestidos. Estos indios eran lampiños, y antes de su trato con los españoles, si algo les nacía, se la pelaban, pero al ver a nuestros varones su estima por la barba, se dejaban crecer la poca que tenían. Son curiosas a este respecto las apreciaciones que hizo Humboldt acerca de los indios chaimas, que habitaban más al Este, hacia Cumaná, que dice que al igual de los pueblos de origen mongólico, no tenían pelo en la barba, y no por razón de que se arrancaran el vello (19).

En armamento y arte bélico estaban reciamente adiestrados los españoles a su llegada a América, pues no debemos de olvidar que la conquista de Granada, que dio fin a la secular contienda de la Reconquista, y el descubrimiento de América, fueron en el mismo año de 1492. Algunos de los soldados de Fernando el Católico, supieron también de la lucha con los moros y con los indios. Es curioso que don Antonio de Arévalo, pasados más de dos siglos de estos primeros momentos de contacto, nos diga de los indios goajiros: «... su modo de pelear es sin orden, como los moros, dispersos y sin unión, y como no tienen provisión, ni repuesto de municiones, son de poca duracion y efecto sus funciones, o encuentros, en los cuales si hallan alguna resistencia, se desvanessen o dessaparezzen como humo las Yndiadas, que llaman a partidas de Yndios, los cuales en campo rasso, y a cara descubierta no se presentan al enemigo».

El arma de combate del goajiro era la flecha, cuya punta envenenaba y sus efectos eran mortíferos. Los españoles sabían del perfeccionado arcabuz y de la táctica artillera, pues nuestro ejército era el

(18) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. págs. 98 y 99.

(19) ALEJANDRO DE HUMBOLT: *Del Orinoco al Amazonas*, pág. 96. Ed. Barcelona Madrid, año 1962.

mejor de Europa, según había demostrado el Gran Capitán en Italia por aquellas fechas. Pero el combate con los indios era muy diferente, ya que la superioridad era de las armas de fuego, pero la más pequeña herida de flecha era mortal.

La experiencia había aconsejado el uso de las llamadas «armas de algodón» con preferencia a las de hierro y acero. Su fabricación era de «... angeo o de mantas delgadas de algodón se hacen unos sayos de armas. Estos son largos, que llegan debajo de la rodilla, o a las pantorrillas, estofados todos de alto a bajo de algodón de tres dedos, puesto el algodón muy por su orden entre dos lienzos que para cada cuarto de sayo se cortan, y luego después de apuntado lo acolchan con cairos, que son unos torzales de hilo de algodón; y estas acolchaduras van, para mayor fortaleza del ensayo, anudadas de suerte quen cada puntada un nudo. Colchado cada cuarto de sayo por sí, lo juntan sin quen las costuras quede nada vacía, y desta suerte y por esta orden hacen las mangas del sayo y su babera, de la propia suerte que se hacen la de los arneses o coseletes; y los murriones y celadas asimesmo se hacen de algodón colchados, aunque otros o algunos los hacen de cuero de danta, o de cuero de vaca con su estofado debajo; y el que para la cabeza puede haber un murrión o celada de acero no lo rehusan, por los macanojos que el entrar en algunos buhios o casas se suelen dar. De este proprio metal, ques el algodón y lienzo de la forma dicha, se hace testera para el caballo, que le cubre rostro y pescuezo, y pecho y le ampara toda la delantera, y faldas que desde el arzón delantero va ciñendo los lados y cubriendo las ancas y piernas del caballo. Puesto un hombre encima del caballo y armado con todas estas armas, parece cosa disforme y monstruosa de lo que ahí se puede figurar; porque va tan augmentado con la grosedad y hinchazón del algodón, hácese de un jinete una torre o una casa muy desproporcionada, de suerte que a los indios ponen muy grande espanto, ...además, que si no es por la visera no le pueden herir por ninguna parte. Porque las piernas y estriberas van cubiertas con las faldas del caballo, las cuales el jinete lleva atadas o ceñidas al cuerpo...».

Para el soldado de a pie se procuraba su defensa «... de la manera que las demás armas, grebas o antiparras, o medias calzas para los pies y piernas, y éstas solamente se hacen para tierra, donde los indios acostumbraban poner puyas por los caminos para que se empuyen o hinquen los que fueren a conquistarlos...».

Esta suerte de armamento defensivo tenía la gran ventaja, de que su materia prima se produjera en el propio suelo americano, por lo cual «... esto no se podría tan en general ni fácilmente traer de España; y son armas livianas y que las sufre a llevar caminando el soldado, y siempre les sirve de cama y lecho...» (20).

SOBRE DISCREPANCIAS DE ARMAMENTO

Debía de haber cierta pugna y oposición entre los mandos militares de la península española y los de Ultramar sobre la conveniencia de armamento, que trataban de imponer al ser nombrados para el servicio del Rey en las Indias. Vamos a hacer referencia al antiguo Gobernador y Adelantado de Canarias, don Pedro Fernández de Lugo, que había recibido el nombramiento de Gobernador de la Provincia de Santa Marta, en cuya jurisdicción se hallaba por entonces la península de la Goajira. La capitulación fue firmada por el Emperador en el año 1534, que para más honrarle, le otorgó el mando «... por dos vidas, que la una fuese la suya y la otra la de su subcesor, en las cuales fuese señor y Gobernador de todo lo que descubriese y poblase...». Con el imperial despacho comenzó la recluta de su gente que debería llevar, consiguiendo mil doscientos hombres, con los cuales «... y muchos aderezos de guerra llegó a la ciudad de Santa Marta con diez y ocho navíos por el año 1535».

Llegado a Tierra Firme el nuevo Gobernador, movilizó a los hombres que había en su provincia, dejando en Santa Marta sólo unos cien hombres, poniendo bajo las armas a los restantes, que eran unos dos mil. El nuevo Gobernador era fiel a la estrategia clásica española y sus Ordenanzas, por lo cual salió «... llevando su gente en ordenanza y al paso de atambor, con sus banderas tendidas». Algunos capitanes que ya llevaban tiempo de permanencia en Santa Marta, le advirtieron «... que no curase seguir aquellas ordenanzas ni hacer aquellas estancaciones de gente sin municiones, porque era poner toda su gente por blanco y terrero donde los indios disparasen sus flechas, que untadas con la ponzoña y pestífera hierba solían tirar, con quien breve tiempo vería una irremediable mortandad en los suyos... por muy pequeñas heridas, no sería parte ninguna antigua experiencia de ci-

(20) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. págs. 89-91, tomo I.

rujanos ni letras de médicos quen su campo trajese a remediar las vidas de los que fuesen heridos». Fábulas parecían a don Pedro aquellos consejos y también compartía su opinión su hijo, don Alonso Luis de Lugo, al que parecían cosa más fuerte un coselete y una cota, y otras armas ofensivas y defensivas privativas del armamento español, que aquella táctica e ingenios para la lucha contra los indígenas, llamada «a la usanza de Indias».

Pero el tiempo fue el encargado de modificar un tanto el despego por la táctica defensiva, que exigía la lucha en tan diferentes condiciones. Salió un buen día el Gobernador con su gente por el llano junto a una sierra, en tanto que los indios veían desde sus alturas a aquel escuadrón «... de lucida gente caminar tan a compás y por tan nueva orden... les arrojaban flechas... desde lo alto que herían a aquellos bisoños soldados, que muy despacio iban caminando al son de sus atambores». Magnífica es la estampa de valor y belleza castrense, pero la experiencia aconsejó a don Pedro, que aceptase de los veteranos capitanes sus consejos y táctica de Indias, menos brillante pero más eficaz en la defensiva.

Según los capitulos firmados por el Emperador, los alemanes que representaban a la Casa Welser, tenían bajo su jurisdicción el territorio de Venezuela, y parece que se extralimitaron en sus salidas, penetrando en los dominios de Santa Marta, prendiendo a unos capitanes de esta provincia el teniente Nicolás Federman. El Gobernador de Santa Marta envió al capitán general de Venezuela, que era el propio Federman, haciéndole saber, cómo gentes de Venezuela con su capitán general, habían llegado a términos de su gobernación y andaban haciendo daños a los naturales de ella, robando y haciéndolos cautivos, exhortando a Nicolás Federman a que saliera de su jurisdicción. Igualmente escribió cartas a su hijo, don Alonso Luis de Lugo, para que con su gente procurase llegar a la Ramada y al río de Hacha (21).

Porteriormente y quizá para congraciarse con el Emperador, vino a la Corte de España don Alonso Luis de Lugo, hijo del Gobernador viejo, don Pero Fernández de Lugo, al que ya conocemos, y que por su bondad llamaron el Bueno. Trató aquél de algunos conciertos de gobernación y decidió volver a las Indias. «... Fue aportar al cabo

(21) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 95, tomo I.

de la Vela, donde adjudicando la tierra a su gobernación, se entremetió en algunas cosas, de que se desabrió mucho el Rey con él; porque usando de más señorío del que le era dado, sacó por fuerza de la Caja Real cierta cantidad de marcos, de perlas y oro contra la voluntad de los oficiales, a los cuales echó presos e hizo otras molestias y agravios, diciendo que no le habían destorbar que no tomase lo que de derecho le pertenecía, quiera el dozavo del quinto real». Sobre todo lo cual le conminó Carlos I y los del Consejo Real, mandándole que volviese lo que de allí había tomado.

Desde la costa goajira el Gobernador salió del Cabo de la Vela, y se encaminó hacia Santa Marta, llevando consigo la gente que había traído de España, a los que ya llamaban chapetones; y «... probolos mal la tierra y comenzaron a enfermar por el camino y a morir».

De hacia el año 1550 hay una referencia poética de Juan de Castellanos, sobre el encuentro de los goajiros con el Jurado Leiva, el cual, con 30 soldados se había adentrado en la península, y hablando de su fauna, dice:

«Hay copia de conejos y venados
e ya gran muchedumbre de ganados.»

Lo cual nos indica que los indios se beneficiaban de los ganados llevados por los españoles, favoreciendo su desarrollo económico. Parece que Juan de Castellanos continuó visitando las costas de la Goajira y las de Santa Marta, y hacia el año 1559 habla de que vivía en el Cabo de la Vela, ciudad de la costa de las Perlas, cuya fundación atribuye a Federman y que exploró Alfinger (22).

EXPEDICIONES EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

En el año 1617 hubo una peligrosa expedición dirigida a la Goajira por Fray Martín de Calatayud, que soñó reducir a los indígenas y en la cual tomó parte el ya referido Juan de Castellanos, soldado aventurero que al final de su vida se hizo presbítero, escribiendo en Tunja elegías e historias de diversas expediciones. Estos indios pre-

(22) GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA: *Indios y blancos en la Guajira*, pág. 189. Ed. Bogotá, 1963.

sentaron una gran resistencia a la aceptación de la nueva doctrina, ya que al decir de Arévalo, las guerras, encuentros y negocios caseros lo resolvían usando de supersticiones y prácticas a las que daban una ley inviolable. Permanecían fieles a Maréigua, el dios que da los bienes, y a Wanurú, que puede hacer daño al goajiro. Puede decirse que «...los indios de esta provincia se mantubieron en su gentilidad, sin haberse querido separar de ella hasta el año 1685, que un clérigo llamado D. Peralta, natural de la ciudad de Río Acha, juntó con algunos indios en el paraxe que llaman Menores» (23).

Durante el siglo XVIII, no habían sido grandes los progresos realizados en estos territorios, siguiéndose continuamente luchas entre los gobernadores por motivos de jurisdicción. Todo esto motivó, que el día 29 de mayo del año 1717 se creara por el rey Felipe V el Virreinato de Nueva Granada, en el que quedaba comprendida la provincia del Río Hacha, limitada por las provincias de Santa Marta y Maracaibo. La instauración de la dinastía de Borbón en el trono de España, determinó un cambio profundo en el gobierno del Estado. Se abandonaron los altos ideales ecuménicos, y en lo sucesivo se cuidará en la elección de cargos, se favorecerá el desarrollo de la economía en España y en sus territorios de Ultramar, se mejorará la administración, procurando conservar y fortificar nuestros dominios, obteniendo de las Indias un floreciente comercio de perlas, ganado, tejidos, unido a las razones políticas y culturales (24).

Por otra parte, no debemos de olvidar, que el siglo XVIII lleva el signo de la colonización, y que España, que poseía el mayor imperio allende los mares, se ofrecía a la codicia de las naciones europeas, que intentaban arrebatárselo, bien en guerra «guerreada», bien en cláusulas y tratados diplomáticos. En el ámbito del tiempo que nos ocupa «... la centuria XVIII es, en el área del Caribe, sinónimo de gran polémica; la guerra durará los cien años de su cómputo, sin apenas solución de continuidad... la lucha por los dominios» (25).

El primer Virrey de Nueva Granada fue don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, que comenzó su gobierno el 7 de junio de 1718. En

(23) ANTONIO DE ARÉVALO: *Manuscrito. Descripción y Discurso... de los indios Guaxiros... año 1774*. Ref. núm. 17. Sig. 5-2-6-15. Archivo Histórico Militar. Madrid.

(24) CAYETANO ALCÁZAR MOLINA: *Los Virreinos españoles en el siglo XVIII*, pág. 287, ed. 1959. Barcelona-Madrid.

(25) JUAN MANUEL ZAPATERO: Ob. ref. pág. 6. *La Guerra del Caribe*.

este mismo año se sabe de una expedición enviada a la Goajira para reducir y cristianizar a sus habitantes, y de otra, en el año 1725, bajo el mandato del Virrey don Antonio Manso Maldonado. En esta época había ya muchas rancherías «... de indios xentiles, que nunca han estado sugetos en poblacion, y otros que se empesaron a reducir, como Parauxe, Sinamaica, Calavazo, Savana del Valle, Chimare, Ma-cuirá, Portete, Bahía Honda, Carrizal, Boromboro, y otros muchos intermedios».

Estaba prohibido por disposición regia, seguida desde los primeros tiempos del descubrimiento, que ningún navío extranjero pudiera comerciar en los puertos de Indias, ordenanza que obligaba a una vigilancia de las costas muy celosa. Peligrosas «infiltraciones» se sucedían en nuestros dominios, que ofrecían «comercial entrada», principalmente de goletas, por el litoral, fuente inagotable de contrabando y de subversión entre los indios (26).

En el año de 1740, inauguró la segunda etapa política el Virreinato de Nueva Granada, siendo nombrado para el cargo de Virrey don Sebastián de Eslava. Por influencia de don José Nieto, Obispo de Santa Marta, hubo otro intento de cristianizar a los goajiros, pero que por haberse sublevado en el lugar de Paratje, los desampararon. Arévalo nos habla también de que por aquellas fechas se fundaron los pueblos de Orino y de La Cruz, y poco después el de Rincón, y en el año 1741 los de Laguna de Fuentes y de Paraujes «... con curas clérigos, y estos últimos con misioneros capuchinos». Un calor excesivo se sintió en el año 1743, lo que ocasionó la pérdida de las cosechas. Para mayor calamidad, el 18 de octubre del mismo año hubo un gran terremoto.

Cuando Antonio de Arévalo desembarcó en la Goajira, habían pasado ya más de dos siglos de que los españoles arribasen a ella. Todo su esfuerzo se manifestó en conocerla en todos sus aspectos, humano, comercial y estratégico, dando noticia en su trabajo *Descripción y discurso sobre las provincias de los Indios Guaxiros...*, en el año 1774, no sólo referencias del tiempo de su permanencia, pacificación y colonización, sino que también refiere hechos anteriores recordados por los indígenas. Sus observaciones sobre la economía, costumbres y carácter del goajiro, la razón y emplazamiento de los

(26) JUAN MANUEL ZAPATERO: *Expediciones españolas al Darién. La del ingeniero militar D. Antonio de Arévalo en 1761*. «Rev. de Historia Militar», año IX, núm. 19, pág. 50.

pueblos que fundara, hacen de su relación la mejor fuente de conocimiento de la península de la Goajira.

Como nuestro trabajo va a tener su fundamento en adelante en el comentario de esta faceta de la vida de Antonio de Arévalo, la referencia no vendrá con nota y número, sino que simplemente entrecomillado, perteneciendo todo ello a este trabajo inédito documental de Arévalo, a fin de que su lectura no resulte excesivamente recargada.

LA «EXCITACIÓN»

Una peligrosa afición de los indios goajiros fue la de la escopeta, de las que tenían bastantes. Nunca caminaban sin ella, con su cartuchera prevenida, y estas armas y municiones eran provistas por la costa, pero «... las cartucheras se las han vendido los españoles del Río Acha, y también les han proveído de municiones por dinero, a cambio de perlas, mantas y ganado», según dice Arévalo. Al verse el indio armado en el siglo XVIII con arma de fuego, su ánimo se inclinaba hacia la rebelión contra los españoles, se «excitaba», con palabra muy gráfica y exacta, cundiendo el descontento y la desobediencia en la Goajira, y sucediéndose encuentros y alborotos.

En el año 1745 era cacique don Cecilio de Sierra, cuyo hermano, don Félix, había tenido algunos disgustos con indios de algunos pueblos inmediatos, por haberle desobedecido. Quiso contenerlos, para lo cual armó con fusiles a 80 hombres al mando de don Phelix, «... el qual se vió cercado de muchos millares de enemigos, pero aunque creyó que sería desecho enteramente, animando a los suios, pudo contener a aquella multitud y con muerte de más de 40 de ellos, logró disipar aquel nublado, y reducirlos con la fuerza, aunque tan corta, a la obediencia de su xefe, y por esta experiencia y otras de menos monto, que tubo, le arian dezir muchas vezes que con 200 hombres de armas, sugetaría todos los indios, pero nunca logró que se los dieran».

Una importante fuente de ingresos para los goajiros era el comercio clandestino, no sólo de sus productos, sino los que conducían desde Valledupar, desde tiempos anteriores, siendo como natural esta antigua costumbre «... que han exercitado sin freno, y sin reconocimiento al Soverano como sus vasallos, ni a la Superioridad del Virrey, considerándose como una rochela separada del dominio Real, porque

siempre han hecho lo que han querido, con unos de sus thenientes de Gobernadores, doblándolos a su arvitrio, a otros sujetándolos con amenazas, concurriendo todos a la maldad, executando el vecindario del río Acha en más que uno, los efectos de su pasión desarreglada, en los que cumplían su obligación... como sucedió con el Capitán don Joseph Pestana, que valiéndose del cacique don Cecilio y de sus indios de Boronata en el año 1746, lo sacaron de su casa con alboroto que se puede comprender, sin armas, y desnudo en un Botezito, lo asesinaron en aquellas inmediaciones, habiendo pensado hacer lo mismo antes con el Capitán Dn. Juan Vigo, a quien se asegura le dieron beneno, y después en el año 51 o 52 huvieran echo lo mismo con el theniente D. Mateo Pastor, que se manifestó celoso, si hubiera continuado en el mando, pero fue amenazado, y prevenido... según aseguró el mismo theniente algunas veces en Cartaxena».

En el año de 1749 fue nombrado Virrey don José Alonso Pizarro, distinguiéndose como organizador de misiones en la Goajira. En 1750 llegó un Padre capuchino, llamado de Catarroja, que visitó las tierras de Bahía Honda, Macuira, Chimare y Savana del Valle, «... y aviendo dispuesto los ánimos de los Yndios para recibir misioneros de su religión, bolbio y quedaron uno en Bahía Honda, nombrado fray Domingo, otro en Macuira, otro en Chimare, y otro en Savana del Valle, los que se mantuvieron allí el tiempo de un año, o poco más, y después sin haver echo Yglesia alguna los avandonaron. De por estos años hay otras referencias del Alférez Dn. José Nicolás de la Rosa y del sacerdote D. Antonio Julián, que tratan de la Goajira, de su suelo y de sus habitantes» (27).

El día 10 de agosto de 1759 moría en Villaviciosa de Odón el rey Fernando VI, siendo designado como su sucesor su hermano Carlos III, rey de las Dos Sicilias, que residía en Nápoles. Tras un prolongado viaje, llegó a Madrid el domingo 9 de noviembre del mismo año, acompañado de sus numerosos hijos y de su esposa María Amalia de Sajonia, que disfrutó poco tiempo el trono español. Durante el reinado de Fernando VI, España se mantuvo alejada de los conflictos bélicos, atenta a la reconstrucción interna. La nueva soberana se esforzó por mantener este equilibrio, pero su pre-

(27) GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA: *Indios y blancos en la Guajira*. Ed. Tercer Mundo, pág. 190. Bogotá, 1963.

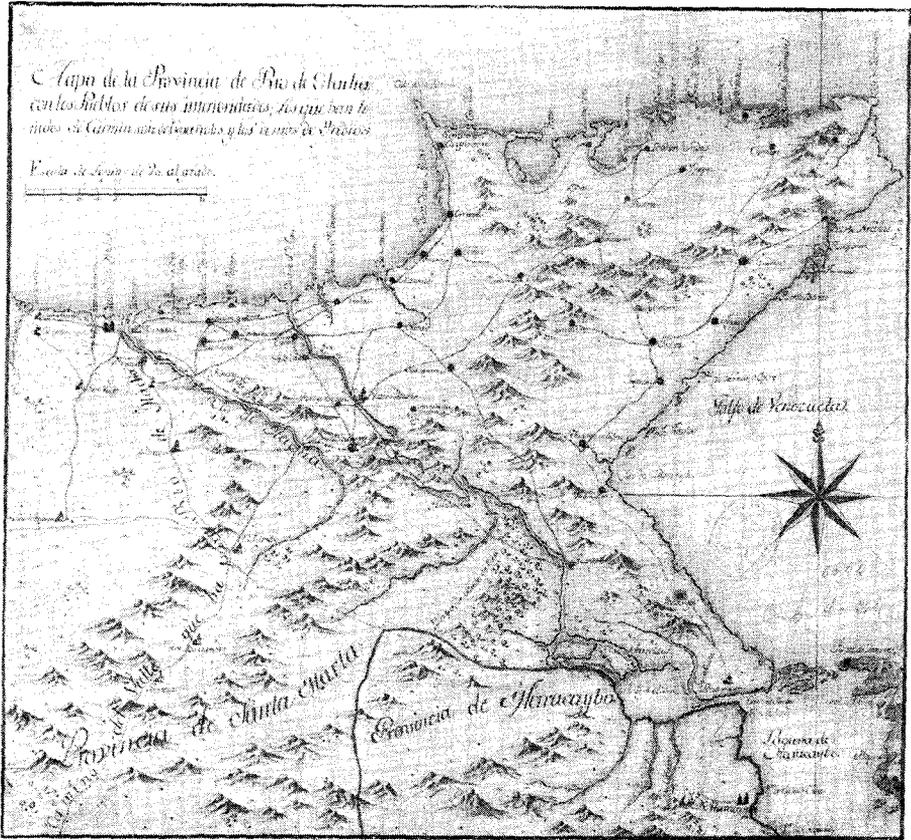


Fig. 1.—«Mapa de la Provincia de Río de Hacha con los pueblos de sus interioridades. Antonio de Arévalo, 1773» (Serv. Hist. Mil. Madrid).

Están señalados los pueblos indios, las fundaciones de Arévalo y los caminos hechos en su extraordinaria, humanitaria y ejemplar expedición pacificadora a la Goajira en 1773.

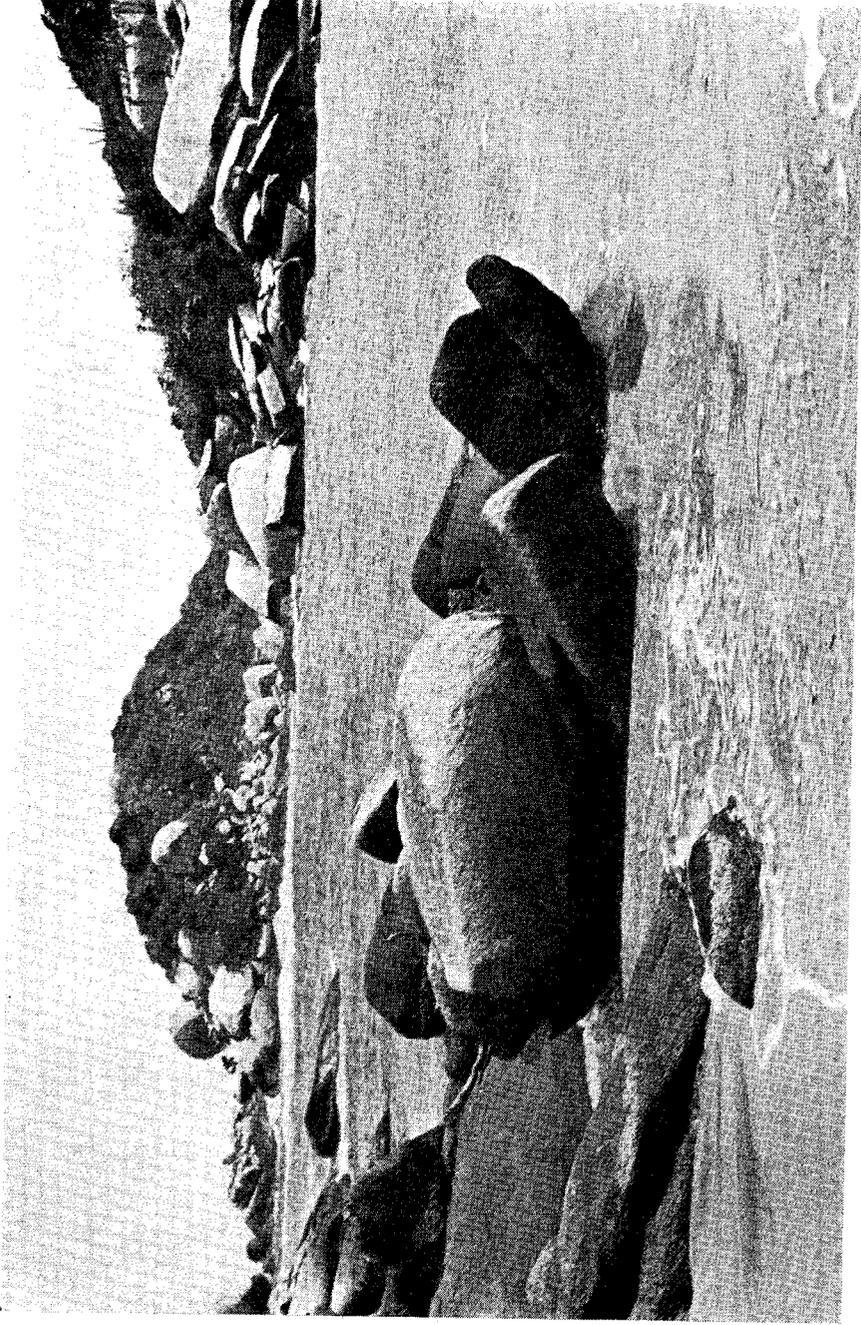


Fig. 2.—Costa goajira en Punta Palominos, Bibullo. Estos abrigos facilitaron en el siglo xviii, la penetración inglesa que «excitaba» al indio contra la autoridad del Gobierno virreinal.

matureo fallecimiento, antes del año de su llegada, acaecido el 27 de septiembre de 1760, frustró un horizonte de paz para los españoles (28).

El nuevo soberano, Carlos III, ya rey de España, no olvidó la humillante neutralidad impuesta por Inglaterra cuando era rey en Nápoles, por lo cual al siguiente año de la muerte de María Amalia, y quizá por influjo de su madre Isabel Farnesio, firmó en la Corte de Versalles el llamado Tercer Pacto de Familia, que nos deparaba la alianza con Francia y la acérrima enemiga de Inglaterra. En las costas del mar Caribe pronto se dejaron sentir los asaltos y ataques de los barcos de la escuadra inglesa y los más ligeros que se acercaban a las pequeñas ensenadas con apariencias comerciales y fines subversivos. En la capital del Virreinato, Santa Fe de Bogotá, se supo la noticia de la proclamación del nuevo monarca el día 5 de abril de 1760. En el mes de febrero del año siguiente, entró en posesión de su alto cargo el nuevo Virrey, don Pedro Messía de la Cerda (29).

Bajo su mandato tuvo lugar la importante expedición de don Antonio de Arévalo al Darién, realizada en el año 1761 (30), con el fin de pacificar a los «excitados» indios de aquellos territorios. Con el fin de consolidar la soberanía española, don Bernardo Ruiz emprendió a su costa la pacificación de la provincia goajira, fundando la villa de San Carlos, en el paraje que denominaban Pedraza, reuniendo a los indios que llamaban de arriba, que comprendían los poblados de Chimare Macuira y Bahía Honda, bajo el mando de cuatro capitanes, que fueron: en Chimare, Amajusares; en Macuira, Caporinches; en Bahía Honda, Maparaure; en el Portete a Pachogames. Pero como «... los enemigos de la paz general de la Provincia, por vivir solos, sin Registros, ni sugesion a nadie, como hasta entonces lo havian estado, que son los vezinos del Rio del Acha, pudieron tanto con sus influxos, que después de más de un año de fundada dicha Villa, consiguieron que se avandonare».

Gracias al trabajo minucioso de Arévalo, podemos seguir año tras año el esfuerzo seguido por España en la Goajira, para fomentar su riqueza con la cría de ganados, florecimiento de la agricultura, desarrollo del comercio legal y represión del contrabando, junto con los

(28) MARÍA TERESA OLIVEROS: *María Amalia de Sajonia*, págs. 61 y 241. Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1953.

(29) CAYETANO ALCÁZAR MOLINA: Ob. ref. pág. 297.

(30) JUAN MANUEL ZAPATERO: *Expediciones españolas al Darién*. Ob. ref. pág. 51.

repetidos intentos de cristianización de los nativos, tratando de fijarlos en poblados. ¿De qué grupo étnico provenían los goajiros? El problema de los orígenes de los pobladores de América se planteó entre los cultivadores de la ciencia europea, al tenerse noticia de los descubrimientos. En el año 1520 el célebre naturalista suizo, Teofrasto Paracelso, negó a los americanos la descendencia de Adán, concediéndoles naturaleza autóctona (31).

La Provincia del Río Hacha estaba bastante poblada, y los habitantes de los pueblos de Boronata, el Rincón, la Cruz, Orino y Camarones, tenían ya sus curas clérigos. Además había los poblados de Parauxe, Cruzes, Calavazo de Peixana, Cojoro, La Jeta, Guaramiñao, Cassapure, Caporinche, Chimare, Moscote, Bahía Honda, Yrapua, Rincón de Carpintero, Carrizal, Manaure, Ypapá y otros muchos intermedios, sin contar los indios de las lagunas de Sinamaica, Alíles, río de Sucui y algunos otros.

En el año de 1763, a instancias del Obispo de Santa Marta, se llevó a cabo un tanteo prudencial sobre el número de indios, que efectuó el cacique don Cecilio de la Sierra «... en el tiempo de más de un mes que se gastó para saberlo, con asistencia de su hermano D. Joseph, y de D. Luis Guerrero, aseguran se halló avían muy cerca de 7.000 indios. Algunos creían que su número era más elevado, pues habían de añadirse los de los cinco pueblos reducidos de Boronata, y los de la Laguna de Fuentes». En 1765, se fundó el pueblo de Camarones, siendo su primer cura don Juan Pablo de Ybarra.

La nueva alianza francesa, determinó en los territorios de América una sistemática penetración inglesa, ya que al Sur del Mar Caribe, Tierra Firme y los dominios de Nueva Andalucía, en el Virreinato de Nueva Granada, llevaban fama de ser los caminos seguros del oro, hacia el fabuloso territorio del Dorado (32). Los indios, desde el pueblo de La Cruz hasta Bahía Honda, hacían trato con los extranjeros, desembarcando en puertos y playas ropas, no sólo para uso de los goajiros, sino para sus vecinos de Valle de Upar, de Río Hacha y de Mompox. Se vendía a los indios armas de fuego y municiones a cambio de ganado y mulas, particularmente en Bahía Honda y Portete, cerca de Chimare, en donde se hizo por Majusare y Paredes

(31) *Pueblos de América*. Conferencia Ateneo, pág. 36. Madrid, 1892. MANUEL ANTÓN.

(32) JUAN MANUEL ZAPATERO: *La Guerra del Caribe*. Ob. ref. pág. 7.

su hermano, una gran casa de armas y municiones, que posteriormente cambiaron con los indios sublevados. Se sabe de un bergantín inglés que llevó 200 fusiles, sólo con el propósito de armarlos contra los españoles.

En el año 1768, don Juan Foret de Armas hizo una salida con 181 hombres del país para castigar y contener a los indios cozinás, por los robos que hacían a los españoles, y fue a Chimare «... a embestir a Antonio Paredes, para quitarle lo que tenía, estando en paz con todos, y no obstante ser indio de caudal, y créditos, y el más sobresaliente de la nación, y que se dice tiene 1.600 indios, no pudo impedir que le quitasen porción de ganado vacuno, mular y cavallar, y se retiraron a la ciudad sin haber hallado impedimento alguno».

LA SUBLEVACIÓN

Los indios de los pueblos de Boronata, el Rincón, Laguna de Fuentes, el Cercadillo, Orino, La Cruz y Camarón, se hallaban en la pacífica posesión de sus casas, labranzas y ganados, en tanto que los indios cozinás cometían sus sistemáticos robos en los hatos y haciendas de los españoles. Se dispuso una salida de gente armada para castigarles y se pidieron 10 indios a cada uno de los pueblos mencionados, con algunos caballos, armas, reses vacunas y otras cosas, que entregaron. Se puso al mando de la expedición don Juan de Armas, por orden del Gobernador de Río del Hacha, don Gerónimo de Mendoza.

Emprendida la marcha, salieron de la Soledad y llegaron a Bahía Honda, pero desde allí, quebrantando las órdenes recibidas, se dirigió don Juan de Armas, no contra los indios cozinás, sino que empleó sus fuerzas contra Antonio de Paredes, capitán o cacique de los indios de Chimare, al que pidió rindiese obediencia a Dios y al Rey, y que le entregara las armas y el ganado que tuviera, pues de no hacerlo lo pagaría con su cabeza. Y como no hubiera hecho mal, ni tampoco daño a ningún español, decidió Paredes no entregar nada de lo que le pedían. Se le quitó buena porción de ganado caballar, mular y vacuno, y lo mismo hicieron las gentes de la expedición en su retirada con los indios de las rancherías de Mapaxaure.

Viendo los vecinos españoles de los poblados de Soledad, Caiux, Maruella, Mancornado, Moreno, el Arenal y otros de la ciudad y sus

cercanías, que la partida que había ido a Chimare andaba robando por todas partes, quizá temiendo la represalia de los indios, decidieron hacer ellos lo mismo, prendiendo, tomando y matando lo que mejor les parecía, quitándoles cuanto tenían, en los pueblos de Cercadillo, Boronata, Laguna de Fuentes, el Rincón, Orino, La Cruz y Camarones, alentados por el propio Gobernador, que decía, se había de hacer a los indios pobres para tenerlos obedientes. Pronto llegó esta noticia a los indios que iban en la partida de castigo hacia Chimare, los cuales se volvieron a defender a sus familiares y a sus propiedades; «... pero no lo consiguieron, porque continuamente los robos, muertes y prisiones, sin que hallaren abrigo por ninguna parte, no obstante las quejas que expusieron a sus curas, y a los Alcaldes, y Gobernador de la Provincia».

Así las cosas, mandó el Gobernador Mendoza hacer otra salida contra los goajiros y su cacique Paredes, bajo las órdenes de don Antonio Pimienta, en el mes de enero de 1769. Estaba compuesta de «... 283 hombres, y 30 indios de aquellos pueblos, se juntaron en la Ciudad, y Jurisdicción del Valle; y aunque se le presentaron y salieron al encuentro cerca de 30 Yndios, no se arrimaron a ellos haciéndoles fuego a cuvierto detras de los arvoles fuera de tiro, por lo que solo tuvieron un herido, y se retiró padeciendo algo por lo largo del camino, pero no por los Yndios de él».

Ante estos sucesos, los indios se mantenían a la mira de lo que iba a hacerse con sus parientes presos, a quienes injustamente, al decir de Arévalo, se les había desposeído de sus haciendas. Continuando en su torpe actuación, el Gobernador Mendoza mandó que los presos, en número de 22, fueran desterrados y enviados a las obras de Cartagena. Varios sujetos influyentes de la ciudad de Río Hacha, le hicieron ver de la peligrosidad de sus órdenes, ya que los indios estaban dispuestos a levantarse, si tal cosa se verificaba. No hizo caso a estos prudentes consejos, y lo mismo fue embarcar los presos, que llegar la noticia al pueblo de Rincón «... por una Yndia de el, hixa de uno de los desterrados, y correr la grita o algazara de los Yndios para juntarse, y consultar sobre lo que pasava, para vengar el agravio último... y para esto despacharon aviso a los pueblos circunbezinios, que se juntasen en aquel, siendo este el primer día de levantamiento que fue el 2 de maio de 1769».

La sublevación comprendía la región del NW. de la península de la Goajira, y los poblados situados a la derecha del río Hacha. El

de Rincón se hallaba en el interior, en un cruce de caminos y no lejos del mencionado río. Desde la ciudad mandó el Gobernador Mendoza para dominar este poblado una débil partida de 20 hombres, la mayor parte muchachos, mandados por don José Antonio Sierra, para ver de sacar de él al capuchino que hacía de Cura, «... pero por su mala disposición y descuido, estando sentado en la puerta de la Yglesia, y su xente cerca de allí arrimadas las armas a un arvol, llegó el refuerzo del pueblo de Orino y animando a los de Rincón hicieron fuego a la xente de Sierra, y a este que lo coxieron por la espalda lo mataron allí, y también en algunos de los suios, retirándose los demas al Rio Acha, siendo en tan corto número».

Los indios del importante centro de Rincón y los de sus proximidades, viendo agraviado a su cacique Paredes y a su cuñado Caporinche, se valieron de ellos para adquirir armas de fuego y municiones a cambio de los robos en las haciendas de los españoles. Los tratantes extranjeros se aproximaban a las costas y les daban armas «... en cuanto lo permitía lo que presentaban al camvio, hasta quedar armados los indios sublevados, y los españoles de la Ciudad, Sitios, atos y haziendas referidas, enteramente arruinados; sin tener unos y otros de que echar mano para subvenir a sus necesidades». Los indios querían vengarse también de los excesos cometidos contra su cacique Majurranes, cuñado de Juan Jasinto, y de Paredes su hermano, y como réplica al odioso dicho del Gobernador Mendoza de que «... a los indios era necesario domarles la Zervij, dejándolos pobres», que les hirió profundamente.

Con rectitud y severidad, don Antonio de Arévalo enjuicia en su «Discurso» la conducta que le merece el Gobernador Mendoza, y «... su capricho... apoyando sin razón los excesos cometidos contra Majurranes... y Paredes su hermano... diziendo... que a los indios era necesario domarles... dejándolos pobres, hizo tanta impresión su dicho, que ocasionó la sublevación de los Indios, y con ella la ynquietud en las provincias vecinas, la ruina Universal de la de su mando, y costos inmensos a la Real Hazienda».

PREPARATIVOS PARA EL CASTIGO

Cuando sucedió la mencionada sublevación, la ciudad de Río Hacha estaba indefensa, por lo cual se enviaron 100 hombres del Batallón Fijo de Cartagena, que en el mes de diciembre del mismo año 69 entraron allí. Otros españoles se tomaron la justicia por su cuenta, ante el estado de rebeldía, muertes y robos, como fueron Lorenzo Estrada y Joseph de Herrero, los cuales, con la pequeña partida de ladrones que les acompañaban, a principios de 1769, atacaron a los indios, causándoles muertes y robos, dejándolos pobres y arruinados, sin ganado ni bestias. Llegó a tanto su osadía, que fueron al pueblo de Rincón, con otras partidas menores de ladroncillos, cargados de cuerdas para amarrar al Capitán o cacique, y a sus indios, que lo era por entonces el llamado el Capitancillo; pero no salieron con su intento, porque los indios huyeron. Otra figura de aquellos revueltos y angustiosos momentos fue la de don José Antonio de Sierra, ya conocido, el que salió también por el año 1769 sólo con unos pocos paisanos de la ciudad de Río Hacha, y aunque hostigó e hizo daños a los indios sublevados, no tuvieron valor para hacerle oposición. También «salió» con 50 hombres don Bernardino Bernal, no tan dura como la de Sierra su expedición, pero pudo regresar a Río Hacha sin ningún cuidado.

A partir del mes de junio de 1770, fuerzas regulares fueron llegando a la capital de la provincia, pues ya era sabido que en estas nacientes ciudades, el vecindario no abundaba en gentes de temperamento bélico, ya que su población de negros, mulatos y mestizos eran los peores enemigos en semejantes casos (33). Por estas fechas era Virrey don Pedro Messía de la Cerda, bajo cuyo mandato tuvo lugar esta sangrienta sublevación, que contrasta lamentablemente con el paternal gobierno aconsejado por Carlos III a sus Virreyes, sobre el buen trato que debería de darse a los indios, y de favorecer su desarrollo económico, concediendo libertad de comercio a 13 puertos de España y 24 de sus tierras de América (34).

(33) ENRIQUE MARCO DORTA: *Cartagena de Indias*, pág. 101. Ed. Sevilla, año 1951.

(34) CAYETANO ALCÁZAR MOLINA: Ob. ref. pág. XVII, prólogo.

Fue nombrado el coronel don José Benito Enzio, del Regimiento de Saboya, que el 12 de junio de 1770 organizó un destacamento, entre los que figuraban 20 artilleros, más de 600 milicianos, otros 100 hombres del Batallón Fijo de Cartagena, con el que no consiguió reducir a los indios, ya que según comunicaba el comandante al Virrey con fecha 7 de junio de 1771, en una convocación que habían hecho a los goajiros, fue «... acometido con furia y muchedumbre en el sitio llamado Moreno, y blazona arruinar la Ciudad y Provincia...». Ante estos hechos se consideró «... ser llegado el caso de no tolerar más su insolencia. Resolvió que se les obligue con rigor de las armas, a prestar obediencia a que son obligados, acometiéndoles como a enemigos imbasores; y en virtud de esta Orden se mandaron allí 500 hombres excogidos del referido vatallón, y del Regimiento de Savoya con un tren de artillería muy luzido, y 20 artilleros, a los que se agregaron otros 20, que había con los 80 hombres de fixo de Cartagena; los 50 hombres de las Compañías de Santa Marta, 30 de Dotación, y 321 de las milicias, que se suman 1.021 hombres, y 40 artilleros, 186 milicianos del Valle, que estaban en los destacamentos del Guanavano, Guanaracaca, y otros paraxes del camino del Valle, y los que allí havia, que heran 500 sin 80 indios del Molino, con una compañía de Cavallería, que estava prompta para salir cuando se pidiera, y todos con buenas armas, pues a este fin se remitieron allá 500 fusiles, con 2.000 cartuchos, y todo lo demás necesario, con pedreros y otras cosas. Además de esto estaban promptas varias milicias de Santa Marta y Maracaibo...».

No le pareció al mencionado coronel ser suficiente este número de hombres para salir a campaña contra los indios rebeldes, por lo cual en el mes de febrero de 1772 pidió al Virrey 2.000 hombres más y 1.000 peones. Tan difícil entendía la empresa, que añadía, que aunque se agregase a la tropa que tenía los 2.000 hombres pedidos y los 1.000 peones, la facilidad de medios suficientes para los gastos y se facilitase la pronta salida de la expedición, no conseguiría jamás encontrar a los indios goajiros; si antes, como había comunicado a S. E. el Virrey, no se tomaban todas sus retiradas a los montes inaccesibles, desde Maracaibo al Valledupar, y desde allí a la ciudad de Santa Marta, que serían 80 leguas ocupadas de Sierra Nevada. Sin esta necesaria y precisa operación, no se podría conseguir cosa alguna, y si a los españoles «... acabarlos, y extinguirlos». El día 30 de marzo, el Virrey le dio arbitrios y razones para que saliera a

campana, pero «... así se fue alargando la salida sin hacerla jamás ; continuáronse los gastos, en tal exceso, que en fin de febrero de 72 iban gastados 34.155 pesos y se ensobervecieron los indios, llegando a asegurarse, que los españoles les tenían miedo, y se hizieron insolentes hasta en el mes de julio de 72».

Mientras se organizaban estos planes de campana, los españoles se veían atacados, defendiéndose con valor. El pueblo de La Soledad fue defendido sólo con 68 vecinos, a pesar de su proximidad al poblado goajiro de Orino, sublevado. En Caios fueron 56 los defensores españoles, lugar próximo al rebelde poblado del Rincón, ambos con muchos indios, «... y sólo cuando las vieron desamparadas pegaron fuego a las casas. Tampoco se atrevieron con el sitio de Moreno que se mantuvo con 100 milicianos armados...». En Caios y en Soledad se organizó la defensa sólo con 40 milicianos mandados por don Juan de Armas, rechazando a 150 indios, con muerte de 30 de éstos. En Camarones mantuvieron aquel puerto 35 milicianos armados «... y en este mismo tiempo que estaban sublevados no faltaban xentes por los caminos, que andavan sin escolta y solo para traer el ganado de la pesa 12 milicianos».

En aquellos días turbulentos también andaba por allí un inglés llamado «el Jorobado», hombre valeroso que frecuentaba los puertos de Bahía Honda y de Portete «... sacando de ellos cuanto ha podido, particularmente del último, en donde estava con seguridad, porque las valandras guarda costas no entravan alli, hasta que en el mes de diziembre de 1772 quiso reconocerlo el Theniente de navío don Francisco de Polanco, con noticia que tuvo de haver allí tres embarcaziones extrangeras, y logró entrar, y vatirse con un columpo, y una goleta inglesa en que dize estava el Jorovado, y por falta de práctica, y conocimiento de los viejos, y no tener como avía solicitado otra embarcazion que poner en la estrecha boca de entrada, se le fueron dando aviso a todos en la isla de Jamaica, para que no fueran a Portete, porque ya lo savían los corsarios». Siempre atento a procurar la «excitación» de los indios, capitaneados por Majusares y Paredes, trató de aumentar su animosidad contra los españoles, mostrándose acérrimo amigo de los goajiros, indicándoles la conveniencia de tener allí «... unos pedrezos y artilleros para su servicio: con efecto trajo dos, y haviendo quedado en bolver con mas, y los artilleros que havían de ser esclavos, tropezó con la Justicia de los Guardacostas que lo estrecharon; echó a huir y no ha buelto».

LA PACIFICACIÓN

El Virrey, don Manuel de Guirior, empezó su mandato en el año de 1773 a finales del mes de octubre. Enterado del mal cariz del levantamiento goajiro, resolvió encargar al coronel don Antonio de Arévalo la reducción de aquella provincia y el mando de la expedición y de la pacificación de los indios sublevados, valiéndose de las armas si lo tuviera por conveniente. Con esta instrucción, Arévalo embarcó en Cartagena el 20 de noviembre del mencionado año, y el día 26 del mismo mes desembarcó en Río de Hacha.

Trató nuestro personaje de conocer noticias sobre el estado de la tropa, milicia, artillería, municiones, defensa de la Plaza, estado de la rebelión de los indios y causas que habían excitado su ánimo. Dudó de la eficacia de una violenta represión y castigo, y antes de desencadenar una campaña de exterminio, decidió comenzar una labor de atracción, llevando al ánimo de los goajiros la confianza.

De tiempos anteriores era conocido el nomadismo de los indios de estas regiones, «... pues se mudaban a otras partes donde había abundancia de frutas y comidas y desta suerte se sustentaron mucho tiempo hasta que fué hallada o traída por ellos el arte de cultivar y arar... que fueron principal causa para que los pobladores hiciesen y perpetuasen asiento en una parte, y cesó el andar cargados con sus ganados y baratijas de un lugar a otro...» Quizá por el poco trato con los españoles, los goajiros seguían en el siglo XVIII sus costumbres de nómadas, por lo cual Arévalo consideró como una de las principales maneras de fomentar su cristianización y progreso, el de su fijación en nuevas fundaciones.

Al decir de Fray Pedro de Aguado, los españoles en el siglo XVI «... cuasi ninguna cosa miran en las Indias cuando van a poblar sino que haya muchos indios y que la tierra sea rica de minas de oro y plata, y como estas dos cosas tengan, poco se les da el temple, sitio, aguas, hierbajos y constelación del cielo sea lo más perjudicial que puede ser...» (35). Arévalo razona con mejor sentido, y expone:

«... De la elección de la buena situacion de los pueblos, resultan

(35) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 188. tomo II.

sus felicidades, assi como siendo malos, los daños que en muchos se experimentan y continúan siempre sin remedio, y para que lo primero se consiga, se deven hacer exactos, prolixos reconocimientos por los hombres haviles, antes de empezarlas a fundar, escogiendo el terreno apropósito, en que teniendo abundancia de aguas buenas, abundantes pastos, leña, materiales de casas, y tierras de Labor, esté al mismo tiempo libre de inundaciones, bien ventiladas, y con todas las facilidades que se pudiesen añadir de proximidad al mar, o rios navegables».

Para mayor seguridad y trato, se distinguen en las fundaciones las destinadas a vecinos españoles y las que han de ser habitadas por los goajiros, guardando y obedeciendo un plan estratégico. La primera que refiere para españoles es la de Bahía Honda, que se llamará de San José de Bahía Honda, que estaba «... bien situado, en terreno seco; tiene aguas de buena calidad y en abundancia para los vezinos, y aun para sus ganados, y la ai a corta distancia en la savana con buenos pastos; tiene la conveniencia del puerto que llaman Bahía Honda, ai materiales para hacer edificios de cal y canto, cubiertos de texas; pero lo que alli estilan los indios es cubrirlas de paxa, que sacan de la savana o Dehesa: Ai tierra de labor y leña a dos leguas... con buenas proporciones de fundar atos de ganados, y otros animales como tienen los indios; si en el Portete hubiera agua para beber, y bastante fondo en su entrada para balandras grandes, es mejor puerto que Bahía Honda, y podrá hacerse allí una población, pero por estos defectos no la ai...».

Otra fundación que debería de hacerse para españoles, era la de Pedraza, en donde había agua suficiente para todo el año, «... aunque algo gorda en el verano, y mucho pescado», además de haber buenos y abundantes pastos, buenos montes y palmares para sacar lo necesario para hacer casas; buenas tierras de labor y sobrada leña. Los vecinos podrían aprovecharse de gran cantidad de palo de tinte, o Brazil, que lo había en los montes de Oca, como el de Valledupar, conduciéndolo a la costa por la boca del río Orino.

La población que se fundare en las inmediaciones de la Laguna de Sinamaica con vecinos españoles, tendrá las mejores tierras de pastos, aguas, y de labor que hay en la provincia. Pueden sacar también palo de tinte de los montes de Oca, con más facilidades y menos costo que los de Pedraza, por estar inmediato, el cual puede conducirse embarcado por el río Sucui a la Laguna de Maracaibo, y tam-

bién al Saco de este nombre, siempre que se les permita llevar a las inmediaciones de Cojoro, por disposición que se dé, para cuidar de este embarque, a cuyo lugar lo llevarán también los de Pedraza.

Mientras se llevaban a cabo las diligencias necesarias para organizar la vida de la nueva población de San José de Bahía Honda, se trataba de buscar a sus nuevos vecinos, para cuyo efecto «... están promptos algunos del Río del Acha», esperándose juntar un número proporcionado para estas tres poblaciones de españoles que se fundaban, sacando habitantes de las provincias de Maracaibo y de Santa Marta, y de las tres poblaciones del río Hacha, que son: Ciudad, Moreno y Barranca. Con tanto acierto fueron fundadas por Arévalo estas ciudades, que todavía perviven.

Seguidamente debería de continuarse, para la pacificación general, la fundación de poblados de indios, como Carrizal y seguidamente los de Chimare, Macuira, Savana del Valle, y al mismo tiempo, si se pudiera, los de Parauje y Calavazo, o Manaure, en la misma costa Norte, sujetando después a los indios cocinas y hacer una población de españoles al Oeste de ellos.

OSADÍAS Y REPRESIONES

Después de la sublevación, para contener a los indios, se enviaron desde Cartagena 100 hombres, mandados por el capitán Antonio de Orueta, el cual, con 80 hombres de tropa y 200 milicianos, salió de Río Hacha, haciendo un paseo militar por el pueblo de Rincón, por el sitio de Caios y Laguna Seca, «dominios» del Capitancito, uno de los caudillos del levantamiento, que con 300 indios del pueblo de La Cruz, andaba por las inmediaciones.

Otro de los caciques que había dirigido la rebelión fue el llamado Gobernadorcito, que a pesar de la paz decretada y perdón general, continuaba su resistencia. A primeros de marzo de 1773 se comenzó la fundación de los pueblos de la Concepción y de San Antonio de Orino, dirigidas por el Comandante General Arévalo, bajo la custodia de 100 soldados, 70 milicianos, cuatro oficiales de Saboya y dos de artillería. Se amenazaba de que a aquellos indios, se reunirían otros para destruir a los españoles, ya que iban a satisfacer la muerte de su capitán Blancote con la del comandante, añadiéndose «... que el Gobernadorcito se alegraba fueran los españoles, y con ellos el referido

Comandante, para embistir a éste, pero lo que se experimentó fue que nadie se ha presentado en el camino, ni allí (a excepción de tres indios que mandó el Capitán de dicho Orino, a cumplimentar al Comandante». Acudieron después otros indios, que no dieron ningún cuidado, antes al contrario, pidieron que no fuera más gente de armas española, no dejando de alterarse cuando vieron llegar algunos milicianos que habían ido a buscar víveres.

Sucedió en el pueblo de Orino, que el capitán indio de aquel lugar, «... con un trago que tomó, se le alteró el juicio, echó por lo valiente y bolvió el bastón que se le avia dado...» Era comandante de aquel puesto el capitán del cuerpo de Artillería don José Galluzo, al que amenazó el cacique indio con el ataque de mil indios; pero no se atemorizó, sino que le hizo saber que «... si hiziese lo que decía que ia le aría arrepentir luego, bñiando contra los españoles, le obligó a bolver en sí, y a pasar personalmente a dar muchas satisfaziones y excusas al citado Comandante».

Pasado algún tiempo, estaban ya concluidas la iglesia, la casa del cura del referido pueblo de Orino, e igualmente la plaza y la casa del capitán y otras edificaciones. Estaba ya dispuesta la salida de allí para regresar a Río de Hacha con el Comandante General de la expedición, don Antonio de Arévalo, toda la tropa y milicias, cuando aconteció que la noche anterior al día señalado para la marcha, se llevaron los indios del Calavazo, de cuya comarca era cabeza el ya conocido cacique llamado el Gobernadorcito, nueve caballos de los mejores del comandante y oficiales, y habiéndolo averiguado, fue al instante allí el capitán de artillería don José Galluzo con sólo 50 milicianos. Hizo alto antes de llegar a Calavazo, y mandó pedir los caballos, lo que al principio negaron los indios el que se encontraran allí; pero después se presentó el ladrón pidiendo el rescate de ellos, alegando que los había tomado, para pagarse de la muerte de un hermano suyo hecha por los españoles. De nada le valió este recurso, pues el capitán le dijo que si no se los mandaba, iría a por ellos; después de lo cual los trajeron, presentándose allí varios indios a caballo con armas y otros muchos, que andaban todos corriendo por la campaña, y hallándose entre ellos un indio que tenía cuatro vacas en su poder, por el mismo motivo que el de los caballos, se las pidió, obteniendo por respuesta del indio, que primero daría su cabeza que las vacas, estando él y sus compañeros indios en actitud de hacer fuego a los milicianos. Su capitán respondió a éste lo mismo que

antes: que si no se las traía, iría a por ellas, y viéndolo los indios resuelto y a los milicianos «... en diligente observación y promptos a hazer fuego, si se lo mandavan, a tiempo también que llegava un refuerzo de 30 veteranos, resolvió el Yndio retirarse con sus compañeros, prometiendo daría las vacas, quando fueran a traerlas, lo que se verificó luego, entregándolas a dos Yndios que se mandaron a por ellas». Se había puesto bien de manifiesto el temor que tuvieron aquellos indios, y algunos que acompañaron al ya mencionado capitán indio, desacreditando en estos hechos los indios de Calavazo o del Gobernadorcito, el valor que antes de tiempo manifestaron, «... cuando dijeron querían batirse en campaña rassa, o en la savana con los españoles, y su Comandante».

Infatigable, proseguía Arévalo su incruenta campaña de pacificación, con derroche de valor y diplomacia. Tranquilos los indios de Orino y queriendo el Virrey que la paz fuera extensiva a toda la provincia y general, resolvió dar principio a una nueva población en Bahía Honda, estableciendo una Batería que defendiese aquella bahía. Pasó él mismo con 100 soldados y 70 milicianos, yendo embarcado el Comandante general con algunos de ellos y la mayor parte por tierra, al mando del ya referido capitán don José Galluzo.

Se hizo esta salida pasando por las inmediaciones del pueblo de Orino, el Calavazo, Pazo de Manaures, Carrizal, y demás, hasta Bahía Honda, y no hallaron ninguna oposición, como se creía y aseguraban, y sin que nadie se atreviese a tomar una res de las 70 que llevaban, ni uno de los 20 caballos, sino que tuvieron mucho miedo, y quedaron «... aturdidos todos los Yndios de los pueblos mencionados, y muchos más de Chimare, y sus inmediaciones, porque se hizo iendo la tropa, y milicia a pie, y en un tiempo de mucha escasez de agua, por que ellos no saben andar a pie».

Era necesario atraer o sujetar por la fuerza de las armas a un indio principal de las tierras de Chimare, el más dominante, que nunca había reconocido «... ni conzebido a nadie no la superioridad, pero ni aun la igualdad, porque se cree ser el único Rei sobre la tierra». Se llamaba Antonio Paredes. Cuando llegó la tropa que iba por tierra, sin estar todavía la que iba embarcada, mandó a decir al comandante, que se hallaba en Bahía Honda con la tropa del Rey, que iba en plan de paz, y no con armas «... ni Pimienta, que no se buscaba otra cosa más que su amistad, y buena correspondencia, que pasase a aquel nuevo establecimiento, y que llevase consigo todos los Yndios que

quisiera armados, o como mejor le pareciera, y que de no pasar allí, lo ejecutaría el Comandante iendo a su Casa con unos pocos soldados; y habiendo tenido por respuesta que no se determinava pasar a dicho establecimiento porque sus Yndios no tuviesen algún encuentro, con los del enemigo Jaun Jasinto, que estava por allí; que pudiera el Comandante hazerlo quando gustase...». En Río Hacha y muchos otros indios de los pueblos referidos, eran de la opinión de que Paredes mataría a los españoles, por lo cual el comandante determinó realizar lo que había prometido. Con 30 soldados, y 30 milicianos, el capitán don José Galluzo, y el Abanderado de Cartagena, don Luis de Arévalo, se puso en marcha hacia Chimare, que distaba de Bahía Honda unas seis o siete leguas. A la mitad del camino Paredes mandó a decir al comandante que dejase la tropa en alguna ranchería o proximidad, y que pasase a su casa con sólo seis hombres; pero el comandante se fue hacia Chimare con sólo dos hombres y un clérigo. En el tiempo de media hora le fueron llegando tres correos de Paredes, pidiendo lo mismo que antes, diciendo que sus indios andaban alborotados e inquietos por la tropa que iba avanzando, que fuese solo el comandante y que después iría la tropa; pero los ojeadores que vieron el avance de los españoles, fueron a darle la noticia y a poco el comandante llegó a su casa. Le recibió a la entrada de la ranchería la gritería de los indios, estilo de ellos en la guerra, pero con saludo que le hicieron, y sin haber hallado en ella al dicho Paredes, por el miedo que aún tenía, mandóse después por la tropa. Llegado el siguiente día, se aseguró Paredes de que los españoles iban con buena intención, por lo cual depuso sus temores y mandó retirar a su gente, festejando a la tropa. El comandante se retiró a Bahía Honda, después de haber tratado y convenido todo lo que debería de hacerse: hacer allí un pueblo, exigir una Iglesia, ayudar a los españoles contra sus enemigos y contribuir a la reducción de los otros indios y fundación de nuevos pueblos, a cuyo fin se le dejó el cura para el suyo.

El comandante de la expedición volvió a Bahía Honda y otra vez a un indio se le ocurrió robar dos novillos de los que se tenían para mantenimiento de la tropa. Se le pidieron con la amenaza de que se iría a por ellos y que se castigaría su atrevimiento si no las enviaba, y no habiendo aparecido a los dos días a dar satisfacción, ni haber mandado los novillos, fue el comandante a tomarlos, y de tal manera se consternaron a la vista de la tropa, que en total llegaba a 135 hombres, que gritaban sin cesar que no querían guerra, ofre-

ciendo dar todo su ganado, caballos y demás que tenían. Pero en aquella ocasión, a los que costó mucho trabajo sujetar fue a los militares españoles, «... porque deseaban mucho tener una función con los Yndios; pero todo se compuso, quedando estos Yndios con muchos temores por el riesgo en que se bieron, y solo se tomó lo que se habían llevado, haciéndoles creer, que huvieran quedado destruidos, y muerto todo su ganado, y bestias, pues solo se buscaba su castigo, y contención de otros, y no hazerse dueños de sus haciendas, como ellos acostumbraban y es corriente, y rexivido en toda la Provinzia». Estos hechos causaron tanta admiración «... a los Yndios domésticos del Río del Acha, y a los demás de la costa por donde passó la tropa, que les parece sueño y como cosa prodixiosa, que aun esten bivos...».

Después de todas estas operaciones, sólo quedaba el someter a los llamados indios cozinias, habitantes del NE. en la serranía de su nombre, que se les ha querido considerar como un grupo cultural distinto del de los demás goajiros, los cuales aparecen ya referidos con este nombre en el siglo XVI, y el primero que se lo atribuyó fue Pedro Simón en 1623 (36). Los cozinias parecen pertenecer al mismo grupo étnico de los demás goajiros, hablaban su mismo idioma, pero quizá no eran más que los execrados sociales, los que por sus culpas estaban al margen de la ley. Arévalo abunda en esta teoría, porque nos dice que eran «... enemigos comunes a todos los de la provincia, porque extendiéndose por ella, rovan a todos los que pueden y de ello se mantienen». Antes de acabar, había que sujetarlos, «... saliendo de todas partes contra ellos, por estar cercados por todas partes, y arrinconados en aquella su havitación, si antes no se huviesen sometido según se espera, por medio del Capitán de Chimore Antonio Paredes, que tiene buena correspondencia con el de aquellos, y se haze temible por su caudal y fuerzas».

El trato y capitulación del comandante Galluzo con Antonio Paredes comprendía a su vez una fina operación diplomática de atracción y sujeción de los temidos cozinias, para lo cual se había dado principio a la fundación de españoles de San Juan de Bahía Honda, protegida de una Batería de ocho cañones, que defendía toda la bahía, defendida por 90 soldados y 70 milicianos.

(36) ROBERTO PINEDA: Ob. ref. pág. 88.

MEDIOS PARA MANTENER LA PAZ

Para que la obra de la pacificación fuera perdurable, aconsejaba Arévalo como primordial la fundación de tres nuevas poblaciones de españoles, en Bahía Honda, Pedraza, y en las inmediaciones del Sucui y Laguna de Sinamaica ; y otras de indios en el Chimare, en el Carrizal, en Gassarima, o Bahía Hondita, en Janoa, en Macuira, en Savana del Valle y en Paruxe, «... y conseguido esto, que se podrá lograr en el término de dos años (y aún mucho menos habiendo medios para costearlos a un tiempo)». Igualmente era preciso mantener siempre dos balandras guardacostas, una de ellas en la rada de la ciudad del Río Hacha, y la otra en Bahía Honda, las cuales «... remudándose por sus tiempos, se conseguiría tener la costa limpia de extrangeros tratantes, por las frecuentes noticias que tendrían».

En el mapa que acompañamos, figuran señalados los principales caminos del país goajiro, los cuales, «... estando aviertos y corrientes... comunican con las poblaciones, una con otras, arruinando su comercio (clandestino) en esta parte, evitando su saca de frutos en el País, y la introducción de armas como lo han echo ; con lo que se inutilizarán y perderán las armas que hoy tienen los Yndios, y con esto perderán mucha parte de sus bríos que han adquirido con la liverdad de la sublevación los unos con los otros con el despotismo que han vivido, estrechando a los primeros por ambre, facilitando la sugestión de todos a la razón con el castigo, si fuere necesario, estrechándolos que por necesidad traten entre sí, y con los demás del País, se evitará la introducción ilícita de ropas y la extracción de caudales, que hasta aora con tanto exceso se ha executado por los españoles de aquella Provincia y de las demás contiguas, con lo cual se logrará fomento del comercio con España, gozando éstos de las utilidades que hasta aora han estado privados por el abandono en que ha vivido aquella xente, y se conseguirá mantener la paz general de la Provincia».

Ha pasado ya el tiempo y algo ha cambiado. Las viejas ciudades españolas perviven junto a las «arevalinas». El municipio de Río Hacha se halla comprendido en la Antigua o Alta Goajira, en tanto que el Lugar de Barrancas pertenece a la Nueva o Baja Goajira. Existe todavía poca comunicación entre los propios goajiros, como ya vio Aré-

valo. La ganadería sigue siendo su principal fuente de ingresos, y en el mapa que se acompaña, aparecen señalados los lugares en que deberán de saciar su sed los indios y sus ganados; hoy el goajiro sigue haciendo su jagüey, una pequeña balsa en la que se recojan las aguas de lluvia, y si no hay otra cosa, la saca penosamente de la «casimba», agua más profunda. El contrabando en nuestro tiempo histórico eran los ingleses. La población continúa con sus costumbres, que ya conocemos desde el siglo XVIII, y el registro censal admite que su número se eleva a unos cien mil, incluyendo los mestizos. Además de su lengua, todos hablan el castellano, como un bello recuerdo de nuestra permanencia.

DOCUMENTOS

I

«Descripción y discurso sobre las provincias de los Indios Guaxiros del río Hacha, para la inteligencia de su situación, población, frutos...».

Antonio de Arévalo, año 1744. Manuscrito.

Sig. 5-2-6-15. Servicio Histórico Militar. Madrid.

II

«Mapa General de la Provincia de Indios Goagiros, que llaman de la Hacha...».

Antonio de Arévalo, año 1773.

Sig. núm. 5976. O-b.- 9,17. Servicio Histórico Militar. Madrid.